

# En el epicentro y en las márgenes del psicoanálisis

**Resumen** A través de su trayectoria como psicoanalista, el autor busca situar los aportes del Psicoanálisis argentino, desarrollado en la tensión con los acontecimientos políticos dictatoriales de su país y sus graves repercusiones en la subjetividad, especialmente de los niños, víctimas de la violencia estatal. Para ello, incursiona en el lugar de la infancia en el pensamiento occidental. El autor subraya la importante influencia de los movimientos de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo en los caminos del psicoanálisis argentino en los tiempos de terror, y realza la importancia de la acción política de los psicoanalistas en el contexto anterior y en el actual.

**Palabras clave** Psicoanálisis y política Psicoanálisis argentino Psicoanálisis de niños Salud mental; dictadura; trauma estructurante y desestructurante.

**Juan Carlos Volnovich** Médico Universidad de Buenos Aires (UNBA, 1965). Psicoanalista (renunció a la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1971 integrando el Grupo Plataforma). Especialista en Psiquiatría Infantil (Ministerio de Salud Pública de Cuba, 1976). Doctor Honoris Causa por la Universidad Madres de Plaza de Mayo. Miembro de Honor de la Sociedad de Psicólogos de Cuba. Integra el Comité Científico del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires y el Consejo Asesor de la Revista Topía.

**Revisão técnica** Maria Aguilera Franklin de Matos, revisora e tradutora de língua espanhola e aluna do curso de Psicanálise (cortesía).

## Juan Carlos Volnovich

### Amigos y amigas Señores y señoras<sup>1</sup>

Vengo de una familia de inmigrantes mezcla de analfabetos pobres y de pobres ilustrados que llegaron de Centroeuropa cargados de anhelos de progreso y de prosperidad, y que rápidamente fueron contaminados por la ilusión de “m’hijo el doctor”.

Y, así, mi padre fue el médico de un pequeño, muy pequeño pueblo del sur de lo que entonces era el Territorio Nacional de la Pampa<sup>2</sup>, dónde nací y dónde por primera vez escuché la palabra “doctor” con toda su denotación, su connotación y su entonación.

Los parroquianos de mi pueblo se referían a mi padre, claro está, como el Dr.. Pero ocurre que por un desliz metonímico mi madre era la doctora y yo, el doctorcito.

Allí donde iba: “ahí va el doctorcito”... de modo tal que no tardé mucho tiempo en sacar la conclusión que la condición de doctor era un título nobiliario que se conseguía en la cuna. Me llevó más tiempo aceptar que uno no nace doctor y que eran otros los caminos por los que se accede a ese título.

Y fue así que me hice médico y casi psicólogo. El “casi” alude a la “Noche de los bastones largos”<sup>3</sup>, esa trágica intervención militar de la Universidad de Buenos Aires que interrumpió la segunda carrera de grado que había iniciado atraído, sin lugar a dudas, por el psicoanálisis que por entonces tenía nombre propio: José Bleger.

Si hoy estoy aquí es porque hace sesenta años partí con el psicoanálisis rumbo a la compleja generación de los ’60 y lo hice, desde el momento inicial, internado en el universo de la infancia. He analizado

<sup>1</sup> Palabras de Agradecimiento a la Universidad Nacional de San Luis por la entrega del Doctorado Honoris Causa en Provincia de San Luis, Argentina, 9 de Abril, 2021. Agradecimientos especiales: Sr. Rector de la Universidad Nacional de San Luis, Contador Víctor Moriñigo; Sra. Decana de la Facultad de Psicología, Magister Claudia Brusasca; Sra. Vicedecana de la Facultad de Psicología, Dra. Alejandra Taborda; Sra. Directora de la Carrera de Especialización, Magister Elena Toranzo; Docentes y alumnos de la Universidad.

<sup>2</sup> Actalmente Provincia de La Pampa, en el centro-sur de la Argentina.

<sup>3</sup> Alude a la intervención policial del 29 de Julio de 1966 en la Universidad de Buenos Aires.



*ser psicoanalista de niños  
(argentino y de los '60) tiene  
para mi el sentido de haber  
habitado en las fronteras.  
Significa haber pasado 60 años  
en el epicentro del psicoanálisisL*

niños y niñas de casi todos los estratos de la sociedad de clases y, también – desde que durante ocho años realicé mi práctica en Cuba – niños y niñas de otro sistema social.

Ser psicoanalista de niños (argentino y de los '60) tiene para mi el sentido de haber habitado en las fronteras. Significa haber pasado 60 años en el epicentro del psicoanálisis y – al mismo tiempo – en sus márgenes. En el epicentro porque ¿quién duda que el siglo xx ha sido “el siglo del niño”? En los márgenes porque el psicoanálisis de niños ha mantenido un conflicto, en principio, con el propio psicoanálisis y, luego, con las diferentes formas del pensamiento: con la lingüística, la genética, la psicología del aprendizaje, la semiótica, el derecho, la ética, la teoría de género; edificios conceptuales que han confluido en un borde, en una frontera, verdadero lugar de “acontecimientos” de la ciencia o, si se prefiere, límites de continentes teóricos.

Y así, ciudadano de la orilla – orillero – me presento ante ustedes.

Soy el segundo psicoanalista en recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Sal Luis. Janine Puget fue la primera y yo la evoco como esa figura augusta y admirable que conocí no bien entré a la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Cuando comencé mi formación en la Asociación Psicoanalítica Argentina ya hacía tiempo que Pichon-Rivière se había atrevido a ingresar en el Hospicio de las Mercedes<sup>4</sup> y fuimos muchos los psicoanalistas de la APA que acompañamos a Mauricio Goldenberg en la ofensiva

antimanicomial que significó incluir un servicio de salud mental en un hospital general.

Fue allí, en el Policlínico de Lanús, donde, armado con recursos teóricos y clínicos de un psicoanálisis APA – clase media, me encontré con niños y niñas proletarios, migrantes de provincias, niños y niñas de familias pobres que con su silencio y sus ojos enormes pusieron en evidencia mi desnudez instrumental, al tiempo que se convirtieron en el mayor desafío para el pensamiento.

Y este no es un dato menor: el aporte del psicoanálisis argentino al psicoanálisis mundial – y también al campo ampliado de la salud pública y la cultura – se puso en evidencia a través del avance sostenido sobre el poder consolidado de la psiquiatría carcelaria manicomial, y la apertura a aquellas clases sociales alejadas de quienes lo produjeron y lo consumieron hasta entonces.

El Grupo Plataforma – que se separó en 1971 de la Asociación Psicoanalítica oficial – jugó un papel fundamental en la ruptura del sectarismo, en el inicio del expansionismo psicoanalítico y en la enunciación de una nueva ética. Fue la primera vez que por razones ideológicas y políticas se producía una escisión en una sociedad componente de la International Psychoanalytical Association, la venerable institución fundada por Freud.

Con la ruptura del monopolio del saber y de la formación que detentaba la Asociación Psicoanalítica Argentina se dio inicio a una apertura que incluyó tanto la ampliación de su área de influencia hacia otras clases sociales, como hacia otros territorios y hacia otros referentes teóricos. Fue entonces cuando el psicoanálisis argentino quedó partido en dos. La separación se dio entre quienes quedaron dentro y quienes estábamos fuera de la APA. Pero eso fue solo en el comienzo. En realidad, la trascendencia de esa ruptura partió en dos al psicoanálisis mundial ya que, de ahí en más, la separación se definió entre quienes sostenían un psicoanálisis convencional, individualista, adaptacionista y cientificista, y un psicoanálisis más ligado a lo social, abierto a las clases populares; un psicoanálisis que intentaba acompañar los movimientos de liberación nacional. En la Argentina,



este segundo psicoanálisis, fue borrado del mapa durante la dictadura cívico militar que asoló a nuestro país entre 1976 y 1983 (lxs psicoanalistas que no fueron desaparecidxs, marcharon al exilio) y solo volvió a resurgir, principalmente ligado a los organismos de Derechos Humanos, a partir de 1983.

Debilitado el monopolio psicoanalítico de la APA a partir de 1971 y anulado el psicoanálisis “de izquierda”, el espacio vacante fue ocupado por las enseñanzas de Lacan, de modo tal que el auge lacaniano coincidió con los años que duró la dictadura militar y perduró, después.

## El psicoanálisis Argentino

Acaso ¿tiene sentido buscar un perfil particular, una contribución específica del psicoanálisis argentino?

Si pretendiera dilucidar las claves que me aproximen a una respuesta, debería comenzar por aceptar que el nuestro es un psicoanálisis traducido y transculturado. La “traducción” es el sistema de mediaciones por vía de la cual la Argentina buscó resolver, frecuentemente, la distancia entre el centro y la periferia<sup>4</sup>; entre el texto y la lectura; entre la modernidad europeo-dominante y los modos de incorporar críticamente los signos, importados según códigos locales.

Sí pretendo seguir empleando la metáfora de la traducción como imagen de la operación intelectual típica de las *elites* psicoanalíticas de nuestra periferia respecto del centro, me es necesario reconocer que suele ser todo el campo el que opera como matriz de traducción. Por precaria que sea la existencia de ese campo, de ese contexto particular, es innegable que funciona como escena de reelaboración; como estructura reordenadora de los modelos traducidos. De modo tal

4 Entre 1938 y 1947 Enrique Pichon Rivière, uno de los fundadores del psicoanálisis argentino, dirigió el Servicio de Admisión del Hospicio de las Mercedes, el más importante hospital psiquiátrico del país, actualmente llamado Hospital Interdisciplinario Psicoasistencial José Tiburcio Borda.

5 R. Prebisch, 1949.

*¿cómo adueñarse  
de las categorías teóricas  
puestas en circulación  
por las metrópolis sin que  
eso signifique plegarse a las  
jerarquías del poder central?*

que no sería muy arriesgado afirmar que aún los psicoanalistas locales ecológicos del psicoanálisis británico o lacaniano están muy lejos de ser meros imitadores de textos importados y, mucho menos, se merecen quedar reducidos a la categoría de colonizados culturales.

No obstante, nada nos autoriza a pensar la importación de conocimientos como operación sencilla e inocente. Una de sus complejidades se expresa en la dificultad por apropiarse de la teoría universal a sabiendas que forma sistema con la normativa del centro. ¿Cómo evitar, entonces, una rendición incondicional a las gramáticas de autoridad del centro? ¿Cómo adueñarse de las categorías teóricas puestas en circulación por las metrópolis sin que eso signifique plegarse a las jerarquías del poder central?

Por mi parte, adelanto que “europeo” no siempre es sinónimo de central, tanto como “argentino” no es sinónimo de periférico ya que el poder central – que en un principio era localizable en Europa – se encuentra desplazado cada vez más en un lejano nivel supranacional.

El poder central se ha vuelto periférico al encontrar nuevos lugares de concentración de poder; y otro tanto ocurre con la tendencia a organizar bolsones de centralidad en la periferia; bolsones en los que se reedita el poder totalitario del centro.

París, Buenos Aires, San Luis. Cada uno es centro y periferia al mismo tiempo.

Entonces, ¿tiene sentido buscar un perfil particular, una contribución específica, de nuestro psicoanálisis?



*fue Marie Claire Boons quién llamó la atención acerca del silencio de los psicoanalistas franceses acerca del impacto que en su propia producción teórica tenía el contexto histórico que la albergaba*

Para empezar a responder deberíamos poner en duda la imagen que tiende a mostrar el psicoanálisis argentino como copia diferida y deficiente de un original metropolitano. Después, tener en cuenta la dificultad que surge al descubrir la multiplicidad de paradigmas que circulan en la comunidad psicoanalítica y la mutación permanente de los mismos.

Además: ¿Cómo definir el perfil de una práctica, justamente dibujada y desdibujada por la intensa interacción con la metrópoli?

Dije antes que Janine Puget fue la primera psicoanalista que recibió el Doctorado Honoris Causa de esta Universidad. También mi admirada Silvia Rivera Cusicanqui recibió el Doctorado Honoris Causa y es bueno evocarla aquí por su contribución ineludible al proceso decolonial a partir del concepto aymara que propone la coexistencia paralela de múltiples producciones, diferencias culturales que no se extinguen sino que se antagonizan y se complementan entre sí.

## El Psicoanálisis frente al terrorismo de Estado

El terrorismo de estado impactó, definitivamente, en la práctica psicoanalítica, no sólo en aquellos profesionales que asumieron un lugar más próximo a los Organismos de Derechos Humanos, sino en el conjunto de la comunidad científica y en la sociedad en su conjunto.

La espantosa experiencia, el trauma colectivo que se vivió entre 1976 y 1983 – las secuelas

aún vigentes y reactualizadas de aquel horror – se constituyeron, desde muy temprano, en un verdadero desafío para los psicoanalistas. De modo tal que interpelados por una realidad que nos desbordaba, nos vimos obligados a transitar por los límites de una teoría insuficiente para responder a las exigencias de la clínica que nos desafiaba. Fue así como – sin reparar en la pertenencia a distintas escuelas o la adhesión a teorías diversas – nos acercamos a los Equipos Asistenciales de los Organismos de Derechos Humanos.

Este fue, a nivel mundial, un hecho inédito. Inédito y riesgoso. Subrayo el riesgo porque es, tal vez, lo que mejor define a un psicoanalista argentino. La más digna característica de nuestro quehacer.

Mientras los psicoanalistas europeos tardaron más de cuarenta años después de terminada la Segunda Guerra Mundial para poder reflexionar sobre los efectos psicológicos del nazismo, del franquismo y del fascismo, los psicoanalistas argentinos hemos venido investigando y trabajando en este tema desde los albores de nuestra frágil democracia, y aun, desde antes: en el período final de la dictadura cívico militar.

Se me hace necesario recordar aquí que las enseñanzas de Lacan surgieron en el epicentro de la metrópoli colonialista europea cuando Francia estaba librando la guerra en Indochina y llevando a cabo una de las masacres más espantosas de las que pueblan la historia del colonialismo: la guerra de Argelia en las décadas del 50 y del 60, décadas fecundas en lo que concierne a una producción teórica que aún hoy en día consumimos. Fue Marie Claire Boons quién llamó la atención acerca del silencio de los psicoanalistas franceses no solo ante la vocación colonizadora de Francia sino, también, acerca del impacto que en su propia producción teórica tenía el contexto histórico que la albergaba.

El terrorismo de estado, decía, impactó, definitivamente, en la práctica psicoanalítica, *todos* fuimos conmovidos por la presencia de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Ellas abrieron un espacio, una brecha, un intersticio por donde



fluyó la posibilidad de pensar. Ellas opusieron un deseo, un límite al avasallante poder totalitario que, como se sabe – entre otras cosas – además de aniquilar cuerpos, ataca el pensamiento.

Mujeres con pañuelos en sus cabezas, portando fotos y vociferando, gritando sus lamentos, golpeándose la cabeza, arrancándose los cabellos, mujeres excesivas en su duelo, enérgicas en su dolor. Mujeres que hicieron valer el poder político de las lágrimas.

El terrorismo de estado, más que estado autoritario, fue la aplicación del miedo como método y práctica permanente.

De ahí que, tal vez, en poder pensar la radicalidad misma del horror, en poder imaginar lo inimaginable, se jugó una dimensión eminentemente política: la resistencia última a quedar definitivamente arrasados cumpliendo de manera sumisa y cómplice el objetivo último que consistió en cometer un crimen sin resto y sin memoria, en el espectáculo del aniquilamiento de la posibilidad de representación misma<sup>6</sup>.

También Gilou García Reinoso al glosar al Freud de “Hemos intentado matar la muerte por el silencio”<sup>7</sup> nos recordaba que el objetivo de la desaparición forzada como recurso político no ha quedado reducido a las personas, ni siquiera al conjunto de la sociedad, sino que consistió en matar la muerte, aniquilar y hacer desaparecer la posibilidad de la representación de la muerte.

Desaparición de los padres como por arte de magia.

Aparición de los niños como por arte de magia.

Tarea de dioses y de magos: expertos en desapariciones: “no están, ni vivos ni muertos, no

*aparición de los niños como por arte de magia. Tarea de dioses y de magos: expertos en desapariciones: “no están, ni vivos ni muertos, no están” ...y en apariciones: los bebés gestados por hombres uniformados.*

están” ...y en apariciones: los bebés gestados por hombres uniformados.

Dioses.

Antes que ellos fueran promovidos a dioses, no existían madres ni bebés. Ellos los hicieron. Genitores. Les dieron nombre, los bautizaron, les pusieron fecha de fabricación y lugar de origen.

Antes de los militares, no había padres biológicos. No es cuestión de aceptar que los padres estaban y que, supuestamente, fueron asesinados. No es cuestión de aceptar que los padres estaban y que – por alguna razón más o menos convincente – cedieron esos niños en adopción. En su lógica, los padres biológicos no existieron. Inscriptos negativamente, son crímenes, sin crimen. Fue borrada su inscripción simbólica, su existencia humana.

No hay duelo posible para una ausencia que así se considere.

Aparición y desaparición. Tarea de magos... y de dioses patriarcales; dioses envidiosos de la fecundidad femenina; dioses delirantes que, después de gestarlos y parirlos, les dieron una madre.

En plena dictadura militar, en medio de esa clausura, las Abuelas de Plaza de Mayo abrieron un espacio evanescente, resbaladizo, apenas una hendidura para poder pensar; mínima brecha para hacerle lugar a esa articulación decisiva entre el trauma psíquico y la configuración fantasmática.

Aún recuerdo la pregunta con la que Estela de Carlotto<sup>8</sup> me fulminó en nuestra primera entrevista: “¿Qué debemos hacer con el amor a esos nietos que tenemos pero que no están?”

Fue el interrogante inicial: ¿qué hacer frente al deseo y la ausencia?

<sup>6</sup> J. L. Nancy, Nancy *La Representación Prohibida*.

<sup>7</sup> S. Freud, *De guerra y muerte*. En <http://www.psicomundo.com.ar> Foros Temáticos

<sup>8</sup> Enriqueta Estela Barnes de Carlotto (Buenos Aires, 22 de octubre de 1930) es activista de derechos humanos y presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo (Nota del editor).



*en aquella época inicial  
era asombroso ver en los niños  
y las niñas recuperados que entraban  
en análisis, la posibilidad de desplegar  
su inteligencia y “descubrir”  
un amplísimo repertorio afectivo*

Ante tamaño desafío, una sola respuesta, una única y minúscula certeza: el hecho traumático que no es elaborado, simbólicamente resignificado – individual y colectivamente, pero sobre todo colectivamente – se transmite de generación en generación y se expresa como compulsión a la repetición. Ese mínimo argumento fue suficiente para marcar con claridad la distancia que separa una adopción de una apropiación.

Si en la adopción se trata de una madre o de una pareja que fue capaz de concebir y gestar un bebé, pero que no pudo o no supo como criarlo y fue cedido para que otros adultos lo hicieran, aquí se trataba de algo muy distinto: aquí había una madre y muchas veces una pareja que amaba a ese niño y que fue asesinada para arrancárselo. Ese crimen estaba presente en el saber de los apropiadores y, de alguna manera, en la interacción con el niño.

A diferencia de otros Organismos de Derechos Humanos que se han visto convocados para trabajar con víctimas de la tortura, del exilio, de la muerte y las desapariciones, es decir: con las diferentes modalidades de elaboración de dueños como secuelas del terrorismo de estado, las Abuelas de Plaza de Mayo inauguraron – con la defensa de los Derechos Humanos de los niños que han sido robados – no solo la denuncia de crímenes pasados, sino la denuncia de delitos vigentes: delitos que se seguían y siguen cometiendo en plena democracia cada día que pasa, en la medida que esos niños, ahora adultos, siguen viviendo bajo una identidad falsa y una historia falseada.

Así, en los inicios de esta aventura, la intención de acompañar a las Abuelas en el proceso

de captura simbólica del hecho traumático nos enfrentó con el saber instituido y nos enfrentó, también, con Francoise Doltó, la más importante psicoanalista de niños de Francia, lo que quiere decir una de las más importantes psicoanalistas del mundo. En una visita a la Argentina, Doltó sugirió dejar a los niños viviendo con sus apropiadores con la intención de no ocasionarles un segundo trauma. Fue entonces cuando con Silvia Bleichmar<sup>9</sup> propusimos recuperar la diferencia entre trauma desestructurante y trauma estructurante para fundamentar la restitución a sus familias biológicas. Trauma estructurante que lleva un tiempo pero que supone destinar toda la energía psíquica consumida por la desmentida, al servicio de ligar los fragmentos producidos por el estallido del yo. En aquella época inicial era asombroso ver en los niños y las niñas recuperados que entraban en análisis, la posibilidad de desplegar su inteligencia y “descubrir” un amplísimo repertorio afectivo, allí donde hasta el momento de la restitución parecían oligotímicos.

Lo que vino después, ya se sabe.

Si bien ya son 130 lxs nietos recuperados, se supone que fueron 500 los niños apropiados de modo tal que este, el de las restituciones, dista mucho de ser un problema del pasado.

Nuestra práctica psicoanalítica se despliega, justamente allí: en ese espacio ganado por el deseo a la omnipotencia del orden totalitario. Nuestra cultura psicoanalítica hecha de voces ajenas, enmudecida a fuerza de ser eco y no voz, tiene en ese espacio abierto por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la posibilidad de emitir la palabra plena; posibilidad de pensar y procesar todo el caudal de lo universal en el propio seno; lo ajeno injertado en el propio tronco; espacio abierto por las Madres, las Abuelas donde, respondiendo al desafío de nuestra triste Historia, se despliegue la imprevisible aventura simbólica, con palabras nuestras. Palabras capaces de decir cosas que, de verdad, valga la pena escuchar.

La esperanza del psicoanálisis, las probabilidades de que el psicoanálisis perdure y contribuya a construir el futuro, las posibilidades de que el

psicoanálisis se renueve y acompañe la complejidad del mundo que nos toca habitar, reside justamente allí, en la plasticidad de los dispositivos clínicos que sepamos inventar en cada caso pero, más aun, en la producción teórica.

Janine Puget, Silvia Rivera Cusicanqui recibieron el Doctorado Honoris Causa de esta Universidad. También Nora Cortiñas, heroína definitiva de esta gesta.

## Infancias de éste mundo

Comencé afirmando que si hoy estaba aquí era porque hace más de sesenta años partí con el psicoanálisis para internarme en el universo de la infancia.

Niñas y niños han existido siempre pero no siempre existió la infancia como representación de conjunto y, desde ya, esa representación, la manera de inscribirse en el imaginario social, no sólo ha ido variando a lo largo de la historia y de las diferentes culturas, sino que ha tenido una responsabilidad definitiva a la hora de explicar las maneras de vivir y de morir de niñas y de niños.

Y, ahí nomás, sin ir muy lejos en la historia de humanidad, si vamos al siglo IV nos encontramos con la figura hegemónica del niño pecador ocupándolo todo.

Es en san Agustín (354-430) donde se visualiza con mayor transparencia esa imagen de la infancia que transgrede los límites de la inocencia.

Para san Agustín, en cuanto nace, el niño, representante del vicio, se convierte en símbolo de la fuerza del mal: ser imperfecto que lleva en su seno todo el peso del pecado original. En *La Ciudad de Dios*, san Agustín explica, extensamente, lo que entiende por “pecado de infancia”. Describe a las criaturas como seres ignorantes, apasionadas, caprichosas. Así, los niños son, para san Agustín, el testimonio más demoledor de la maligna naturaleza humana; son un condensado de intenciones

»  
*al oponer la imperfección infantil  
a la perfección que el adulto puede  
lograr a partir de una vida piadosa y  
penitente, san Agustín postula  
a la infancia como destinataria  
de todo lo repudiable*

y acciones condenables que se ponen en evidencia a través de una conducta que irremediablemente los precipita hacia el mal. Agustín, como varios siglos después hizo Freud, describieron – descubrieron – al “perverso polimorfo” que cada uno de nosotros fue y es. Solo que la carga valorativa marca la diferencia entre ambas afirmaciones. Si en san Agustín la sexualidad infantil es sinónimo de un repudiable pecado, en Freud es condición insalvable e ineludible de su “ser” deseante, de su condición humana. De ahí que la sexualidad infantil concebida por san Agustín avalara que los niños fueran juzgados de acuerdo a las normas morales – pero también jurídicas – previstas para los adultos pecadores.

Y san Agustín va más allá: al oponer la imperfección infantil a la perfección que el adulto puede lograr a partir de una vida piadosa y penitente, postula a la infancia como destinataria de todo lo repudiable.

La influencia de san Agustín, claro está, no cesó con su muerte ni se redujo a su época. Antes bien, se prolongó durante siglos en la cultura occidental. Fue permanentemente retomado hasta fines del siglo XVII y sigue vigente aun en nuestros días.

Si para san Agustín, como para Freud, el niño no era inocente, para Descartes (1596-1650), ese filósofo francés que tanto influyó en la historia del pensamiento occidental, antes que pecador, fue concebido como sede del error. Descartes “descubrió” que la lógica infantil no era la misma lógica que emplean los adultos; que la de unos y otros, no era la misma razón. Pero el avance que

9 S. Bleichmar, “El traumatismo en la Apropiación, Restitución”, in *Filiación, Identidad, Restitución. 15 años de Lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*.



*para Descartes la infancia,  
las falsas teorías de los niños –  
y lo que de la infancia perdura  
en el adulto – es un mal.  
Varios siglos después Piaget  
dirá que es un mal necesario*

significó reconocer la diferencia quedó acotado al condenarla como deficiente. Como para Descartes la infancia es ante todo debilidad de espíritu – ya que la facultad del conocimiento está subordinada al cuerpo – el niño no tiene más pensamientos que los que proceden de sus necesidades corporales – concibe el alma infantil llena de sensaciones y opiniones falsas. Así que no por pecador, pero sí por equivocado, Descartes propuso liberarse de la infancia como quien apela a expiar un mal, a corregir un error. Lo cito:

Para Descartes la infancia, las falsas teorías de los niños – y lo que de la infancia perdura en el adulto – es un mal. Varios siglos después Piaget dirá que es un mal necesario. O, mejor aún, que son teorías necesarias y que no precisamente están mal, ya que son reestructuradas sin cesar en el presente, a la manera de una reorganización que garantiza el pensamiento. No obstante – y muy a pesar de Piaget – no son pocos quienes aún hoy en día persisten en evaluar a los chicos desde la lógica adulta.

Si san Agustín contribuyó a instalar en el imaginario social la figura del “niño pecado” que Freud legitimó; si con Descartes se convalidó la figura del “niño equivocado” que Piaget desmintió, faltaba aun desarmar la imagen del “niño esclavo”. Son varios los autores que coinciden en situar en el último tercio del siglo XVIII, la “revolución” que promueve un cambio copernicano en cuanto a la valoración social de la infancia.

La filosofía del Siglo de las Luces difundió dos grandes ideas complementarias, que en alguna medida, contribuyeron generosamente a

modificar la representación social de la infancia: el concepto de igualdad y el concepto de felicidad. Aunque el concepto de igualdad estaba más referido a la igualdad de los hombres entre sí, que a la igualdad de los seres humanos – sean estos hombres, mujeres y niños – la condición del padre, de la madre y del niño se modificaron en el sentido de una mayor homogeneidad. En el *Contrato Social*, uno de los textos que dan la dimensión de ese cambio, J.J. Rousseau afirma que el padre y la madre tienen los mismos derechos sobre sus hijos, pero estos derechos están limitados por las necesidades del niño y están fundados en la incapacidad del niño para velar por su propia conservación. Esto es: la responsabilidad de atender a los hijos y las hijas se limita al tiempo en que no puedan arreglárselas solos. Después, los padres tendrán que darles la misma libertad que tienen ellos. Los hijos, una vez que están en condiciones de prescindir de los cuidados paternos, ingresan todos por igual en la independencia. Fue apoyándose en esta convicción como Rousseau se opuso a los enciclopedistas que suponían a los padres con derecho a exigir cariño y respeto de sus hijos por el mero hecho de haberlos procreado, deuda que sólo se cancelaba con la muerte. Con esta aseveración sobre la igualdad de los hijos, Rousseau se puso al frente de lo más progresista de la época ya que, al afirmar que el hombre nace libre, equiparó la naturaleza del hijo a la del padre. Siendo el hijo potencialmente libre, la función del padre se limitaba, entonces, a permitir que se actualice – que se realice – esa libertad. Así, criar a un hijo se transformó, lisa y llanamente, en llevar adelante una serie de acciones para brindar ayuda a un ser indefenso y dependiente hasta que este adquiriera su total independencia y autonomía. Pero esta lógica roussoniana reforzó, al mismo tiempo, los estereotipos patriarcales más convencionales desde que terminó ubicando a la mujer en calidad de esposa al servicio de las necesidades del marido y de los hijos.

Pese a que surgieron críticas a la situación de dependencia en que se mantenía a la mujer con respecto a la crianza de los niños, lo cierto

es que lo fundamental de esta convención familiarista no se modificó de manera notoria en el siglo XVIII y, más aun, se prolongó hasta nuestros días. El psicoanálisis vino a avalar este modelo al sostener, sin revisar, la importancia de la lactancia materna, del lugar de la madre – y no del padre – junto al niño, y toda una serie de criterios ideológicos incluidos en la narrativa edípica aportada por Freud, y en el discurso lacaniano que se sostiene en la primacía de un significante (el significante fálico y la ley del padre).

Si elegí mencionar a san Agustín y Descartes como antecedentes de Freud y de Piaget en cuanto a las figuras de infancia que contribuyeron a instalar en el imaginario social de occidente, fue para resaltar el impacto que tuvo la producción teórica de estos autores al poner en cuestión la versión “pecadora”, “equivocada” de los niños. Otro es el caso de Rousseau. Su inclusión se justifica porque con más claridad que otros, él expresa un modelo de infancia y un sistema de valores para la crianza y la educación de niños que ha sido propio de la modernidad y que, en la actualidad, está en plena revisión.

## Infancias de éste tiempo

Saltemos, entonces, al siglo xx.

El siglo xx ha sido el siglo del niño: el florecimiento de la psicología del niño pertenece por entero al siglo xx.

En efecto, sería poco decir que la pedagogía, la psicología, el propio concepto de “infancia”, se han renovado. El siglo xx ha estado signado por las críticas a los métodos autoritarios y directivos de la educación, por el intento de respetar las necesidades y las posibilidades del *infans*.

Y con el correr del tiempo el niño pecado, el niño equivocado, el niño esclavo, aunque no han desaparecido del todo, cedieron el lugar al niño objeto, al niño consumidor, propio del capitalismo actual. Porque en esta etapa neoliberal del capitalismo parecería ser que solo como mercancías se puede circular. Así es que ya no hablamos más

»»

*la doctrina de la “protección integral” estableció la figura del “Interés superior del niño” – el niño como sujeto de derecho en desarrollo – y la familia y el sistema escolar como referentes fundamentales*

de alumnos de una escuela. Ahora son clientes de una empresa; consumidores de objetos, de bienes culturales y de servicios de salud. Objetos sujetos a una cultura que los consume al tiempo que los incorpora. El “cogito ergo sum” cartesiano dejó lugar al “consumen, luego existen”. Si consumen, existen. Si no consumen, no existen. La inclusión o la exclusión que decide la vida o la muerte se juega ahí: en el nivel de consumo. Consumo de mercancías, de psicofármacos, consumo de programas educativos o de programas asistenciales.

El siglo XXI se inauguró con al menos dos novedades: la revisión feminista de la teoría psicoanalítica y el intento de superación de la lógica binaria que abrió el camino a poder pensar en las disidencias sexuales.

El 20 de noviembre de 1959 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Declaración Universal de los Derechos del Niño y del Adolescente que fueron, luego, incorporados a nuestra Constitución Nacional y convertidos en Ley.

En la década del 80 del siglo pasado se puso en evidencia un avance significativo a nivel jurídico con respecto a la infancia. La doctrina de la “protección integral” estableció la figura del “Interés superior del niño” – *el niño como sujeto de derecho en desarrollo* – y la familia y el sistema escolar como referentes fundamentales.

Esto se concretó con la sanción por parte de las Naciones Unidas de las “Reglas Mínimas para la administración de Justicia de Menores” y fundamentalmente con la Convención Internacional por los Derechos del Niño” ambas de 1985.



*los niños y las niñas de nuestros países serán aún más pobres a medida que progresen los países centrales, si es que no se revierten las tendencias actuales. Y nada hace pensar que eso vaya a suceder*

La Convención fue ratificada por la República Argentina mediante la sanción de la Ley 23.849 e incorporada en nuestra Constitución.

También contribuyeron a este marco regulatorio “Las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas para la protección de menores privados de libertad” y las “Directrices de las Naciones Unidas para la prevención de la delincuencia juvenil” de 1990.

Entre nosotros – ¿cómo ignorarlo? – el hecho definitivo fue la sanción de la Ley 21.061, la Ley de Protección Integral de los Derechos del niño, de la niña y adolescentes” de 1995 que vino a reemplazar la Ley Agote, la Ley 10.903 de 1919 que legitimaba las políticas públicas destinadas a judicializar la pobreza y que confinaba a los menores al lugar de objetos de tutelaje por parte del estado.

Pero ocurre que tanto el discurso jurídico como el discurso psicoanalítico remiten a un orden diferente y eso impone un proceso de traducción que contemple sus coincidencias y sus divergencias. Todo hace pensar que, hasta los años de la dictadura cívico-militar, las intervenciones psicológicas en el campo ampliado de la salud pública aventajaban al sistema jurídico. Aun en tiempos de tutelaje la palabra de los niños tenía más valor para los psicólogos, que para los jueces.

Es a partir de la democracia, cuando las leyes avanzaron con una agilidad y un empuje insospechado, que los recursos teóricos y las intervenciones psicológicas quedaron relegadas y condenadas a una repetición anacrónica e insuficiente. Dicho

de otra manera: el aporte de los saberes psicoanalíticos a los dispositivos de intervención atrasa con respecto a las nuevas legislaciones. De ahí que nunca como en este momento ha sido más oportuna y necesaria la iniciativa de abrir una Carrera Universitaria de Especialización en Intervenciones Psicológicas para la Salud Mental de Niñez y Adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica y pluridisciplinar.

En fin, que no sería demasiado arriesgado afirmar que, a pesar de la trascendencia que tuvieron los avances en la justicia, que a su vez fueron el fruto de años y años de producción teórica y de luchas políticas, no han logrado solucionar la situación actual de la infancia ni en la Argentina ni en el mundo.

Un mundo en el que el desarrollo más increíble de la ciencia y de la técnica – el dominio de la naturaleza en base a la informática, la genética, la robótica – coincide con la falta de seguridad, la ausencia de justicia e igualdad, la desesperanza que se adueña de la infancia y bien pudiera resumir sus condiciones de vida; o, más bien, sus condiciones de muerte.

La mortalidad infantil evitable, los millones de niños que en el mundo mueren por año de enfermedades curables, por falta de higiene, por falta de agua y alimentos que sí existen y se dilapidan, los millares de niños que mueren apaleados, revelan una pesadilla de la que es imposible despertar; y muestran un panorama poco alentador: las estadísticas auguran que el desamparo y el riesgo de los niños de los países periféricos, lejos de mejorar, irá empeorando.

Eso quiere decir que los niños y las niñas de nuestros países serán aún más pobres a medida que progresen los países centrales, si es que no se revierten las tendencias actuales. Y nada hace pensar que eso vaya a suceder.

Datos del último informe del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia confirman que 600 millones de niños viven en la pobreza; a 131 millones se les niega el derecho a la educación; 352 millones están obligados a trabajar; más de dos millones son forzados a ejercer la prostitución.

Más de un millón de niños muere cada año en América Latina producto del hambre, la desnutrición y las enfermedades evitables. Si decidiéramos hacer un minuto de silencio por cada uno de los niños que este año morirán por causas relacionadas con el hambre, bien entrado el próximo decenio aun permaneceríamos en silencio.

Y esta realidad se agrava ante la tragedia actual de un mundo que ha incorporado el hambre a su cotidianidad como fenómeno endémico. El Fondo de la Naciones Unidas para la Infancia calcula que el 20% de los niños menores de 5 años – es decir, 15 millones de niños – sufren de desnutrición proteico-calórica. El hambre es la causa directa del 38% de las muertes de niños menores de 1 año y del 60% de los de 1-4 años. Esto sucede en una región del mundo de incontables riquezas y recursos naturales. Aquí, donde se producen alimentos suficientes, hay niños y niñas que viven con hambre y hay niños y niñas que mueren de hambre. Entonces, parecería ser que la pobreza no es, como se nos dice, el signo de una sociedad que no crea riquezas, sino el producto de una sociedad que solo aspira a maximizar las ganancias.

¿Es esto inevitable?

La vida de un niño, lejos de ser inestimable, vale menos de 100 dólares por año. Gastados con criterio, a favor de cada uno de los 500 millones de niños más pobres del mundo y de sus madres, dicha suma habría costado la asistencia sanitaria base, la educación elemental, la atención del embarazo, la dieta, el abastecimiento de agua y la higiene necesaria. En pocas palabras, habría cubierto las necesidades básicas para la vida. Para inmunizar a todos los niños de eso que llaman el mundo subdesarrollado contra las seis enfermedades más frecuentes y peligrosas se necesitan sólo 5 dólares por niño. El no hacerlo cuesta unos cinco millones de vidas por año. Así, la vida de un niño vale 100 dólares por año. En la práctica, para la comunidad mundial resulta un precio demasiado alto. Por eso, cada 2 segundos, un niño paga con su vida, ese precio.

»  
*para inmunizar a todos los niños  
de eso que llaman el mundo  
subdesarrollado contra las seis  
enfermedades más frecuentes  
y peligrosas se necesitan  
sólo 5 dólares por niño*

Es necesario, entonces, denunciar muy claramente – cada vez que sea posible – que la espantosa situación por la que atraviesa la mayor parte de la infancia en la actualidad, no tiene posibilidad alguna de revertirse *si no empezamos, entre todos, a cambiar la concepción misma que tenemos de esos chicos.*

*Las leyes necesarias e ineludibles como son, son insuficientes si no se acompañan por los cambios de las figuras de infancia que transitan por el imaginario social.*

\* \* \*

Comencé recordando que cuando era un niño, me llevó muy poco tiempo sacar la conclusión que la condición de doctor era un título nobiliario que llovía así nomás, sin más quererlo, porque venía con la cuna.

Hoy cuando recibo este Doctorado que me llueve así nomás, sin haberlo querido, vuelvo a sentirme como el niño que fui pero se muy bien que lo debo a la benevolencia y a la generosidad de ustedes, y lo recibo no a título personal sino como un reconocimiento que la Universidad Nacional de San Luis le hace a nuestro psicoanálisis, a los pioneros del psicoanálisis de nuestro país, y como un mensaje de aliento a las nuevas generaciones.

Hoy sé muy bien que el Doctorado Honoris Causa no viene de cuna y también se los caminos que deberé recorrer de aquí en adelante para poder ganármelo y hacerle honor al honor recibido.

Muchas gracias.

### Referências bibliográficas

- Bleichmar S. (1992). El traumatismo en la apropiación–restitución. In *Filiación, Identidad, Restitución: 15 años de Lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Bloque Editorial.
- Descartes R. (2010). *Discurso del método*. Madrid: Alianza Editorial.
- Freud S. (1915). *De guerra y muerte*. In <<http://www.psicomundo.com.ar>>. Foros Temáticos.
- García Reinoso G. (1986). Matar la muerte. Revista *Psyché* n. 1.
- Nancy J.L. (2006). *La Representación Prohibida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Prebisch R. (2003). Introducción a la teoría dinámica de la economía. In J.F. Besa García (ed.), *Dr Raúl Prebisch, 1901-1986: archivo de trabajo*. Santiago: Microfilmación y Sistemas Microsystem, S.A.
- Rousseau J.J. (1997). *Confesiones*. Madrid: Alianza Editorial.
- San Agustín. *La Ciudad de Dios*. <<http://históricodigital.com>>.

### At the epicenter and on the fringes of psychoanalysis

**Abstract** Recalling his trajectory as a psychoanalyst, the author seeks to contextualize the contributions of the Argentinean psychoanalysis. It was constructed/developed in tension with the dictatorial political events of his country, which had repercussions on subjectivity, especially on children who were victims of State violence. In order to do so, he makes an incursion into the place of Childhood in Western thought. The author highlights the great influence that the Plaza de Mayo Mothers and Grandmothers movement had on the paths of Argentinean psychoanalysis in times of terror and emphasizes the importance of the political action of psychoanalysts both in the past and today.

**Keywords** Psychoanalysis and Politics; Argentine Psychoanalysis; Child Psychoanalysis; Mental Health; Dictatorship; Structural and Destructuring Trauma.

**Texto recibido:** 03/2021

**Aprovado:** 04/2021